



Floreal Homero Forni

La presencia del maestro, y el patrón migratorio de larga duración

Alberto Tasso*

1

La Universidad Nacional de Santiago del Estero ha distinguido con el título de *Doctor Honoris Causa* a Floreal Homero Forni, sociólogo.

Este reconocimiento tiene importancia desde distintos puntos de vista, y procuraré valorarlo desde todos ellos, para contribuir al conocimiento de la trayectoria humana y científica del Dr. Forni, y al mismo tiempo recordar la historia de la comunidad profesional de sociólogos y sociólogas en Santiago del Estero, que lo considera con orgullo su maestro.

Primero quisiera detenerme en al carácter de la distinción, la de más alto valor que confiere la universidad, al otorgar el título de Doctor, no en virtud de los cursos formales de un plan de estudios, sino del mérito alcanzado en su actividad, que es como decir su vida.

Es inevitable que al considerar en perspectiva de largo tiempo una vida, en ella se confundan y se alimenten mutuamente los estrictos logros científicos, frutos del talento y el trabajo, junto con otros méritos de muy diversa índole que requieren un análisis más detenido.

En efecto, la producción de un intelectual, que por razones de época se mide en términos de calidad y cantidad textos escritos, requiere ponderarse también en términos de otros indicadores más difíciles de mensurar, pero cuya importancia es no menos evidente. Se trata de la forma en que se ha desplegado una existencia que tiene como norte el conocimiento; se trata de la vida cotidiana y la forma en que fueron atendidos sus reclamos; se trata de la silenciosa persistencia en el trabajo, del ejemplo en el servicio público, de las solidaridades establecidas con los equipos de investigación y los sujetos sociales del campo investigado.

En cualquier caso, esta mirada refiere a dimensiones universales de la conducta humana aplicadas a una vida única y una trayectoria específica dentro de un campo del hacer humano. Es necesario destacar este ángulo amplio desde el que miramos a un Doctor H.C., porque sólo así lograremos que esta distinción cumpla el efecto deseado en última instancia: que constituya un ejemplo a seguir, advirtiendo que en ella se presentan valores morales y personales que constituyen la esencia de la vida académica.

* CONICET, Universidad Nacional de Santiago del Estero, El Colegio de Santiago, Biblioteca Amalio Olmos Castro.

Ahora sí es posible considerar los méritos de Floreal Homero Forni en el campo de la sociología argentina y latinoamericana, y su particular vinculación con la escuela de sociología rural en Santiago del Estero, que contribuyó a establecer y alentó de múltiples maneras.

En este punto debo informar a partir de mis recuerdos. Cuando estudiaba sociología en Buenos Aires, Forni fue mi profesor de Sociología Rural. Era a mediados de los 60, en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina. Recuerdo perfectamente las clases de Forni. Al principio las consideré algo aburridas. Él no tenía dotes histriónicas, era monocorde y de habla algo trabada, siempre en voz baja. Sin embargo, cuando me acostumbré a escucharlo, se tornaron apasionantes. Tenía sentido del relato y respetaba mucho su discurso interno, en el sentido de que mostraba su razonamiento a la búsqueda de respuestas. Como todo buen sociólogo, tenía muy desarrollada la obsesión por las cuestiones metodológicas. Era rico en anécdotas de la historia de la sociología, y entretenía con sus lecturas y el relato de sus lecturas. Gracias a él recuerdo a “Norteamericano ciento por ciento”, el campesino polaco, la saga de middle-town, y no sé cuántas historias de situaciones goffmanianas.

Pero de todo eso me di cuenta mucho después, cuando descubrí que la diversidad y la amenidad pueden residir en un discurso monótono e iluminarlo con una luz tenue que se vuelve inolvidable. Ese es el encantamiento de la situación de aula, en la que reside el caracú de la vida del maestro.

Pero los años de la facultad terminaron y los vientos de la vida me sumergieron en el extraordinario mundo de Santiago del Estero, sus hieráticos montes y su ritualidad latente, sus discursos ocultos y sus aparecidos que no cesan de hablar. Entre el aula y las horas de viaje o en tediosas tardes caniculares donde la oficina pública es al menos un espacio de sombra, comencé a darme cuenta que la investigación me gustaba.

Durante 1978, a través del Instituto de Investigaciones de la UCSE que dirigía Carlos Virgilio Zurita, me postulé ante el CONICET para obtener una beca de perfeccionamiento, que me otorgaron meses después. Presenté un proyecto que giraba en torno a la educación, la tecnología y el empleo; mi director era Miguel Petty. En mi primer viaje a Buenos Aires en esta nueva condición de becario, creí descubrir que Floreal y Julio César Neffa me habían evaluado; ellos estaban en la primera sede del CEIL, en Diagonal Sur.

Las oficinas del CEIL eran una trastienda del aula. Y en viajes sucesivos retomé el diálogo con Floreal, que no se habría de interrumpir mientras duraron mis primeros trabajos sobre Santiago. A comienzos de los 80, se firmó un acuerdo entre la UCSE y el CEIL para realizar una investigación sobre empleo y migraciones que dirigía Forni. Esto permitió el contacto con el grupo de investigadores que lo acompañaba: María Isabel Tort, Mónica Gogna, Susana Aparicio, Guillermo Neiman y Roberto Benencia, entre otros. Por su parte, el Consejo Federal de Inversiones (CFI) financió el estudio, bajo la atenta mirada del Lic. Joaquín Caminos que nos acompañó durante toda la etapa del relevamiento.

Creo que fuimos muchos los que aprendimos de esta tarea de investigación en equipo: Julio Marcos, Jorge Rosenberg y yo acompañamos a Floreal en sus viajes de campo, mientras Ramón Díaz se internaba en el mundo de las cifras, y compartíamos la cena con

Carlos Zurita en el Centro de Viajantes. Este vínculo fue óptimo para el desarrollo de los estudios rurales, que más tarde ancló en el ámbito de la Carrera de Sociología, en la UNSE. La presencia de Forni y sus colaboradores se tradujo en una serie de cursos, que tocaban con detalle los temas del mundo agrario. Más tarde, Rubén de Dios y Raúl Paz se incorporaron a ese diálogo, que fue muy importante para Floreal cuando cesaron los viajes a Santiago.

3

Como en todo campo disciplinar, las discusiones menudas parecían ocupar un lugar desmesurado: ¿por qué tenían menos hijos los colonos que los campesinos? ¿por qué en el censo de 1937 decrece el empleo asalariado y aumenta el autónomo? Demoré bastante tiempo en darme cuenta que esas “enormes minucias” –como las hubiera llamado G.K. Chesterton- eran indispensables para apoyar el pie y avanzar paso a paso en la interpretación de lo que ocurría en el campo, alumbrándolo con el foco de las grandes teorías, pero aportando datos, medidas, a veces tímidas constataciones.

Poco conozco de sus primeros trabajos de sociología rural, y cito sólo los realizados con Raúl Bisio¹, entre docenas de artículos en revistas argentinas, de Bolivia, Paraguay, Perú, Estados Unidos, y Canadá. Me centraré en uno de sus principales intereses: el lugar de los trabajadores rurales en la historia de la economía agraria de Argentina, y su situación actual ante los cambios económicos, demográficos y culturales, que se expresaban con intensidad en toda América Latina.

Pero su enfoque no era tanto de historiador como de sociólogo rural, formado en la exigente escuela de Chicago, donde se doctoró. A ese enfoque, un tanto estructural funcionalista en esos años, Forni agregó otras líneas de investigación: la del campesinado ruso -estudiado por Chayanov-, y la de familias rurales, estudiadas por Le Play en Francia. Forni admiraba a este sociólogo, y no dejaba de citar su frase maestra: “Las sociedades no están formadas por individuos, sino por familias”.

Forni tenía también una buena formación en sociología histórica, y compartía este interés con Leopoldo Allub. Él me habló de Barrington Moore y Theda Skocpol. Además, su sello cualitativista lo había orientado hacia las obras clásicas de la investigación rural, entre ellos el informe de Biale Massé.

Por lo que vemos, Forni nutría su enfoque de varias escuelas, y esto amplió su aporte a la construcción del campo temático de los estudios rurales en la Argentina, presentando su diversidad y marcos metodológicos rigurosos para abordarlos. No olvidemos que durante el período de la sociología germaniana, el centro de interés había estado puesto en obreros urbanos y residentes villeros. El campo argentino parecía a la vez próximo y remoto, pero pronto comenzó a ser abordado desde la historia ganadera, los lanares, el trigo, las estancias, los colonos inmigrantes, los chacareros rebeldes de 1912, etc. Una historia estaba apareciendo, que tenía perfiles propios más allá de la pampa húmeda, según se

¹ Raúl Bisio y Floreal Forni (1976): “Economía de enclave y satelización del mercado de trabajo. El caso de los trabajadores con empleo precario en un ingenio azucarero del Noroeste argentino”, *Desarrollo Económico*, Vol. XVI, Nº 61, IDES, Buenos Aires.

— (1980): “Empleo rural en la República Argentina 1937-1969”, Serie Documentos de Trabajo Nº 1, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET), Buenos Aires.

tratase de ingenios, yerbatales, obrajes forestales, campos de té y floricultura, y tras ellas aparecían las huellas de la Argentina aluvional.

Había, sin embargo, un actor oculto del que poco se hablaba: los/las trabajadores/as rurales, “el fantasma de Hamlet en la pampa”, según la feliz expresión de Waldo Ansaldi. Este fue uno de los centros de interés de la sociología rural de Forni, y es la razón que explica su interés en Santiago del Estero, cuya estructura agraria estaba definida por el campesino antes que por el colono.

Como ejemplo de una de sus tesis más penetrantes, me detendré en su estudio sobre los hogares rurales en Santiago del Estero,² que condensa sus principales investigaciones de esos años. ¿Cuáles son sus ideas centrales? La primera consiste en una lectura a contrapelo de las cifras de los censos, según la cual emerge el concepto de Santiago del Estero como productora de mano de obra (sic) a lo largo de todo el siglo XX. En efecto, éste es el más importante capital que aportó a la construcción de las economías regionales surgidas de la oleada agroindustrial del 80 y proseguida en el período de entreguerras. Este descubrimiento serendítico permite dejar de mirar al “trabajador” como un/a *productor/a* para verlo a él mismo o a ella misma como *producto*, en una impecable relectura marxiana que no pone de manifiesto la bibliografía citada. La fecha lo explica: las primeras versiones fueron publicadas en 1976.

Luego, eso supone mirar las migraciones como procesos sociales que definen estos modos de articulación de los espacios rurales santiagueños y el gran entorno regional. ¿Y cómo se migra? Mediante unos procesos aún poco conocidos, que se construyen, elaboran y procesan dentro de una unidad social genéricamente llamada familia, pero específicamente hogar, en términos operacionales. Aparece Le Play. Y la adopción del concepto de hogar como unidad censal. Es aquí donde se procesan las decisiones migratorias, en medio de prácticas, dichos y costumbres que reclaman a Geertz tanto como a Orestes Di Lullo, Hebe Vessuri y Andrónico Gil Rojas.

Y sobre todo, necesitan de la mirada de Jorge Washington Ábalos, que Forni leía con frecuencia. Un día me sorprendió hablándome de la muquiada, acción y efecto de sobar la masa en el sobaco de la amasadora. Sin embargo, ni Forni ni Benencia o Neiman condescienden a la mirada etnográfica. Su interpretación se funda sobre las cifras, y en esto son respetuosos de la tradición cuantitativa que logra articularse con la cualitativa. Esta juega un papel fuerte en la interpretación, pero no en la producción del dato aportado, tal como lo refleja una observación o una escucha en el campo.

El examen de muchos casos analizados da lugar a una interesante tipología de hogares según la configuración demográfica de sus integrantes. El concepto de “estrategias de supervivencia” de las familias ocupa un lugar importante en el análisis, y las conductas propiamente migratorias se intercalan con las reproductivas: las tasas de fecundidad y los intervalos entre los nacimientos surgen como reguladoras de la producción de hijos, más

² Floreal H. Forni, Roberto Benencia y Guillermo Neiman: *Empleo, estrategias de vida y reproducción. Hogares rurales en Santiago del Estero*. CEIL-CONICET y Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991. Comparte la autoría con dos de sus colaboradores, modo que expresa la gestión colectiva del conocimiento y el concepto de equipo.

espaciada cuando el grupo familiar mejora en su posición económica o cultural. Los hijos reflejan la forma de ubicación ante la vida, que también es el mercado de trabajo.

4

Considero que las investigaciones de Forni, si bien han tenido un cierto impacto, no han sido aún aprovechadas lo suficiente entre nosotros, y dedicaré el resto de este ensayo a sostener que admiten en este momento una re-lectura y un nuevo aprovechamiento de su riqueza interpretativa, y también acaso proseguir algunos de sus análisis. Tomaré como ejemplo la serie de hipótesis sociológicas donde relaciona fecundidad y los nacimientos con las estrategias ocupacionales, contenida en el libro que acabo de mencionar. El campo de análisis refiere a las familias y su historia, y también la economía en escala secular. Sus indicadores son el tamaño de los hogares, el número de hijos, el número de migrantes. Este análisis implica considerar dimensiones psico-sociológicas que hacen a la conducta reproductiva de varones y mujeres, a las decisiones migratorias y a la conducta económica. Finalmente, admite una lectura en el nivel de la larga duración.

Estimulado por la riqueza y diversidad de este planteo, señalaré algunas direcciones a las que apunta su trabajo, vinculándolo con intereses que hoy se perciben, y en otros casos con mis propias lecturas del tiempo largo santiagueño.

He mencionado la palabra continuidades, en cuanto hilván mental que une los tejidos de los otros con los nuestros. Se impone la metáfora de un gigantesco obraje de paños para representar la vida de las comunidades intelectuales, la semejanza y heterogeneidad de los tejidos, los estilos de época sucediéndose, en marcos de vibrante cooperación o abierta competencia. Pero más allá de las lealtades y pertenencias más o menos cenaculares, más allá de las devociones compartidas, la investigación propiamente dicha, el tejido que elaboramos en nuestro trabajo, se va nutriendo del de otros, y ofreciendo a su vez una veta nutriente.

Entonces, digo, siguiendo las palabras de Ramón Leoni Pinto³ que es bueno proseguir el trabajo de los otros, no sin medir las distancias, por cierto. Ramón observaba qué distantes habían permanecido los intelectuales de la región noroeste, qué poco habían reconocido la gravitación de las ideas ajenas. Hay que pensar que su análisis, referido a las generaciones XII y XIII, transcurría entre 1930 y 1960, cuando el campo cultural en las provincias producía la impresión de un archipiélago, donde florecían algunos islotes, pero que no estaban enlazados por la comunicación entre sí, y sólo débilmente con una Buenos Aires que ya había emergido como metrópolis cultural, cualquier cosa que esto signifique.

Y si se trata de señalar continuidades posibles, diré que el conocimiento de las dinámicas migratorias sigue siendo importante, porque ellas mismas lo son a escala secular –como no deja de mencionar Forni- y porque parecen expresar una suerte de respuesta social ante una incitación apremiante: ¿la sequía? ¿la guerra? ¿la resistencia? ¿la desocupación? ¿el hambre?

Aparece ya la conexión entre migraciones y hogares y comunidades proyectada hacia el pasado remoto, en tiempos del ferrocarril primero, la carreta y los arrees antes. Farberman explora esta etapa durante el siglo XVII, y también Palomeque. Pero está claro que hubo

³ Ramón Leoni Pinto: *Bernardo Canal Feijóo. Obra y pensamiento historiográfico*. Barco Edita y FFyL-UNT. Tucumán, 1997.

un antes, y un antes de antes, en que familias y clanes se fueron estableciendo en las costas del Dulce y el Salado, pescando, cosechando mistoles y algarrobas y practicando la siembra que, según se dice, les habían enseñado los mitmakuna venidos de lo alto.

En esta línea, desembocamos inexorablemente en el túmulo que excavaron los hermanos Wagner. Estamos en un período propiamente arqueológico, cuyas raíces quedaron desenterradas pero cuya lectura interpretativa parece haber quedado, también, inconclusa.⁴ Falta, además, el eslabón perdido, el que pudiese conectar las urnas polícromas de Mercedes o Averías con Sunchituyo, y esta con los pueblos que mediaron hasta llegar al mundo shuri y su perpetua disputa con los lules invasores.

Tenemos así un cuadro de larga duración en el que podemos proyectar un patrón de conducta social que cuyas raíces son remotas, y que en el curso de los ciclos de la historia conocida o presunta de esta provincia parecen mantenerse, adaptándose a circunstancias sociales favorables o adversas, pero siempre manteniéndose como eje de la organización de las actividades, en el calendario variable del día, la estación, o el año. Y el año será “año redondo”, y su girar lo ha llevado y lo ha traído al santiagueño y la santiagueña. Porque hubo una partida y un desarraigo, habrá una nostalgia y un motivo para regresar, y el regreso será una fiesta, y habrá aloja, y se bailará, habrá un amor, una pena, un hijo o una hija, y muchas vidalas y muchas chacareras serán necesarias para expresar los éxtasis del amor, el tormento de los celos, el recuerdo del pago lejano, o la rebeldía soterrada. Ahora estamos en una zona que no le resulta ajena a Orestes Di Lullo, ni a Bernardo Canal Feijóo.

Sobre la idea del pueblo migrante tenemos la idea del pueblo musicante, y sobre el calendario agrícola y el diagrama de los grupos familiares inscribimos la práctica de comer y la de cocinar que le está asociada, junto a ofertas ambientales o conquistadas por la agronomía, y por largos entrenamientos en el uso del fuego, la cacería o la cosecha. En esta línea, Farberman analiza el papel de la comensalidad como patrón de convivencia en los pueblos de indios. Palomeque nos advierte la importancia del control de los recursos: el agua y la tierra cultivable entre los más apetecidos. Eduardo Archetti nos incita a mirar en dirección a las comidas, como ya lo hizo Di Lullo en 1927.⁵

Estamos viendo ya la presión otros actores sociales sobre lo que hay llamaríamos “comunidades campesinas de fines del período colonial”. Recordemos que una presión había venido de los lules y otros cazadores recolectores. Luego vino de los españoles y sus ejércitos, con caballos que consumían como sus dueños. Los encomenderos configuran un primer caso de patrón explotador, y uno de los principales enemigos del indio, según Guamán Poma de Ayala.

Mediante una lectura de amplia perspectiva temporal reconocemos entonces en los sectores populares rurales una diversidad de actores sociales que en el curso de los siglos se constituye como sujeto histórico de la sociedad santiagueña –que es la que me interesa, por una especie de sesgo epistemológico territorial-, y que en virtud de tal condición ha constituido y reconstituido temporalmente (generacionalmente) su capacidad de habitar el espacio, significándolo y definiéndolo como propio.

⁴ Destaco aquí la importancia de la investigación de Ana Teresa Martínez, Constanza Taboada y Alejandro Auat: *Los hermanos Wagner, entre mito, ciencia y poesía*. Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero, Santiago del Estero, 2003.

⁵ Orestes Di Lullo: *La alimentación popular en Santiago del Estero*, 1927.

Mirado de este modo, la sociología del presente –queriendo decir la segunda mitad del siglo XX- encuentra buenas compañeras de ruta en la historia económica y la historia colonial, la arqueología, la etno-historia, la lingüística y el folklore. Pero también en otras disciplinas tales como la demografía y la antropología centrada en los hechos vitales y la salud, en tantos escenarios de campo como nos podemos imaginar. En cualquier caso, estará allí la unidad doméstica, la unidad de familia y tierra, el ayllu, la milpa, el cerco campesino.

5

Es a este escenario donde se nos pide dirigir la mirada, cuya integralidad hemos dejado de percibir para tratar a sus actores, desde las políticas públicas, como productores, campesinos, minifundistas, pobres rurales, asalariados, trabajadores familiares, etc. Los roles, a las cuales hay que agregar los de género y generación a los estrictamente ocupacionales, a veces no nos dejan ver a los sujetos.

Y ahí es donde la ciencia social y la historia deben recurrir a la literatura y la poesía. Sólo ellas, desde mi punto de vista, pueden ofrecerle al etnógrafo la dimensión precisa del vivir, despojada de su indudable condición de proceso social para constituirse en el mero hecho de un estar situado que parece condición decisiva de su presunta identidad. Está claro que será necesario un enfoque filosófico, inherente a toda aproximación que hagamos guiados por la lupa que afina el pensamiento, y el oído que registra los ritmos y las sonoridades de la voz en que el sujeto habla. Porque el sujeto habla. Y cuando no habla, calla. Y su palabra y su silencio serán constitutivos de su hacer, y en ellos buscaremos el enigma de sus numerosos rostros y sus complejos itinerarios.⁶

Una lectura de estas características se adentrará en la literatura para captar el tratamiento que se le ha dado al actor rural en distintos momentos de la historia, y a partir de distintas fuentes documentales. Tras esa “historia” contenida en actas y otros documentos, hasta llegar a la modernidad, en el quiebre que marca Rojas en *El país de la Selva* (1907), junto a la crónica y la memoria descriptiva. En ellas, el personaje será relicto folk redivivo, bárbaro, mano de obra dócil, idólatra, etc.

En los años 30’ y 40’ se produce un cambio cualitativo en la mirada sobre el espacio de la ruralidad y sus actores. Canal Feijóo y Di Lullo contribuyen mucho a ello, y colocan novedosos andamiajes (historia, etnografía, psicoanálisis, romanticismo, criollismo, nacionalismo, etc.) para mirar esto que comenzará a llamarse “lo popular”. La saga de maestros novelistas incluye la novela del obraje, el “turco” y el “tano” en tanto “gringos”, los cuentos del salitral, teatro, y poesía, donde destellan con luz propia Clementina Rosa Quenel y Jorge Washington Ábalos.⁷

En los años 60 se produce otra importante vuelta de tuerca en la consideración de la ruralidad campesina, y es la emergencia de los movimientos revolucionarios en todo el

⁶ Releo mentalmente a Gunther Rodolfo Kusch y su obra extraordinaria. Escucho a Gaspar Risco Fernández leyendo el prólogo de Orestes Di Lullo en *La razón del folklore*, en una clase magistral en que nos transmitió la fuerza de una lectura avisada, penetrante, intuitiva y rigurosa. Cfr. Alberto Tasso y Fernán Gustavo Carreras (comps.): *Quién fue Orestes Di Lullo*. Barco Editará, Santiago del Estero, 2009.

⁷ Una lista más completa reclama los nombres de Blanca Irurzun, Dalmiro Coronel Lugones, Cristóforo Juárez, Bernardo Canal Feijóo, Durval Abdala, y Marta Cartier.

continente. Se expresa en el grupo y revista *Dimensión*, de los hermanos Santucho, donde publican Alberto Alba y Graciela Alicia López. También en la revista *Norte*⁸ pueden leerse artículos de Eduardo Archetti, Guillermo Barembly y Leopoldo Allub.

La insurgencia rural prevista en el esquema llamado “foquista” no tuvo eco en Santiago del Estero, sin embargo. Un sistema de dominación y control estricto de la “fuerza de trabajo” fue característico de la experiencia de dominación española y más tarde del disciplinamiento capitalista. Las décadas de la militarización reforzaron el control social sobre las áreas urbanas, que desde el Cordobazo (1969) eran escenarios predilectos de la protesta.

Quizá por efecto de esta presión social que desalentaba la agremiación y la volvía sospechosa, durante los años 70 surgió una original forma de resistencia cultural: la recuperación de la lengua quichua. Fue protagonizada por el maestro Domingo Bravo, estudioso y difusor de esta lengua, y por el músico Sixto Palavecino, acompañados por Felipe Corpos y otros destacados creadores. A través de un programa dominical en Radio Nacional llamado “Alero Quichua Santiagueño”, se estimuló la recuperación de memoria, legitimando el uso público y destacando su presencia en el habla coloquial y la canción. Los diccionarios de Bravo hicieron recordar que ya en los 50 Di Lullo había compilado voces quichuas.

La red de los maestros fue tan importante como la de los músicos en la recuperación de la práctica ancestral de hablar *la* quichua, arrinconada a la trastienda intimista de los hogares por *la* castilla, por castellano. Antes, el quichua había sido utilizado, promovido, reprimido y estigmatizado, según el grado de etnocentrismo de la época. Ahora, podía ser redescubierto como un poderoso símbolo identitario.⁹

El movimiento por el quichua se ha seguido extendiendo, inclusive en espacios universitarios, y acompaña a otras organizaciones que trabajan por la re-etnización, entre ellos muchos grupos y comunidades campesinas. Es posible verlo como un factor sensibilizador que ha contribuido a la recuperación de orgullo, elemento clave en la formación de las organizaciones campesinas, que se convirtieron en importantes actores de los nuevos escenarios de la ruralidad, atravesados por conflictos sociales de intereses en pugna, tras los cuales reaparecen las marcas del color en la piel, y por cierto la historia de las relaciones de dominación en esta provincia. Es un tema para mirarlo desde Foucault, y Goffman.

Mencioné la literatura y la poesía, queriendo decir la producción encuadrable en tales géneros, tal como la encontramos en la canción, pero también en la copla, el relato y la leyenda, la novela y el cuento. Pienso en la historia de esos registros, iniciada por Orestes Di Lullo, Ricardo Dino Taralli, Alfonso Nassif y José Andrés Rivas, y en quienes alentaron las recopilaciones musicales: Andrés Chazarreta, Ramón Gómez Carrillo, Isabel Aretz y Leda Valladares.

Pero además de los poetas llamados populares, pienso en los maestros rurales y en los escritores contemporáneos, capaces de dirigir la navegación incierta que es toda empresa literaria de largo aliento hacia el centro de estos personajes de nuestra obra, hacia sus vidas

⁸Revista *Norte*, Impresa en Buenos Aires por Juan Carlos Barrón. Dos números, 1962.

⁹Cfr. Alderete y Tébez: *Sisa Pallana*, Buenos Aires, 2006. Manuel Enrique Landsman: “Las políticas de la lengua”.

y sus desafíos de hoy, en medio de una arrasadora contemporaneidad que amenaza el no escrito pero específico estatuto de sus costumbres.

Es aquí donde la etapa presente une las vidas y los sentires y los dichos a la protesta social, a la defensa de los derechos, y a su necesidad de asumirse como protagonista de lo que antes fue su subalternidad manifiesta, y ahora es, o puede ser, su primacía latente. Estamos ya, nuevamente, en el lugar de la política, y en el lugar de las políticas, y en ciencias sociales siempre nos preguntamos qué podemos aportar a las causas sociales que convocan la imaginación, la intuición y el conocimiento.

Y aquí las tenemos, y son muchas. En ellas intervienen el ambiente, el territorio y los derechos en perpetua reconstrucción.¹⁰ En ellas tienen un rol la ciudadanía y el papel del Estado y la sociedad como productores de economía y de civilidad. De una economía respetuosa de la condición humana, social, histórica, que queremos preservar, y de una ciudadanía que la honre y la haga más plena. Y en este sentido, se tratará de ciudadanía cultural o no será, pues cualquier recorte denotará nuestra incapacidad para ver lo que nos muestran –o deben mostrarnos- la historia, la sociología, la poesía y la novela, es decir, seres humanos cuya palabra aún no conocemos.¹¹

6

No me he apartado más que circunstancialmente de la obra de Floreal Forni, y aquí quisiera rescatar la orientación moral de su experiencia de conocimiento, preguntándome sobre sus orígenes. Creo que en ellos ocupa un lugar importante su condición de católico, su adhesión a la doctrina social de la Iglesia, y su experiencia de vida, hijo de un inmigrante italiano, probablemente católico, anarquista y masón, que no dudó en ponerle un nombre revolucionario que remite a 1789: Floreal, el mes de la primavera.

Pero no conozco esa parte de su biografía. Lo que sí resaltaré es la importancia que concedió al estudio de la religiosidad.¹² El tema que tanto trabajaron Amalia Gramajo y Hugo Martínez Moreno¹³, cuyo trabajo Floreal admiraba, está también siendo revisitado. Desde el aporte pionero de Aldo Büntig, hay que citar a Jorge Soneira y Fortunato Mallimachi, con quienes comparto perspectivas y amistad.¹⁴

Durante los 80 comenzó a publicar *Sociedad y Religión*, con la colaboración de Pablo Forni. Fue muy valiosa en ese momento una pequeña y modesta revista que abordaba un tema marginal, que desafiaba las perspectivas estructuralistas por entonces aún en boga. Pasadas dos décadas, se advierte la importancia de esta labor, y de su enfoque estricto en la

¹⁰ La Cátedra Libre de Derechos Humanos de la FHCSyS-UNSE es una de las numerosas instituciones que trabajan en Santiago del Estero para re-significar los términos de la ciudadanía con posterioridad a las crisis políticas y los movimientos sociales de 1993-2003.

¹¹ Cito los valiosos aportes de Karina Bidaseca en su exploración de silencios y discursos ocultos, y la obra de Raúl Dargoltz en investigación histórica y teatro. Desde una perspectiva etnohistórica y etnográfica, la tesis de José Luis Grosso es un notable aporte para comprender la construcción de identidades híbridadas. Cfr. José Luis Grosso: *Indios muertos y negros invisibles*, Universidad Nacional de Catamarca, 2008.

¹² Su texto en la compilación *La religiosidad popular en Santiago del Estero*, Ediciones UCSE, 1982 es una pieza de relectura necesaria.

¹³ Amalia Gramajo de Martínez Moreno y Hugo N. Martínez Moreno: *Tradiciones religiosas populares de Santiago del Estero*, Ediciones V Centenario, Santiago del Estero, 1992.

¹⁴ El Nodo Santiago del Estero del proyecto “Estructura social y religión” que dirigen Fortunato Mallimachi y Ana Teresa Martínez está recuperando esas líneas al tiempo que realiza una amplia investigación de campo.

sociología de las religiones, que promovía el acercamiento a cultos tan poco conocidos como Umbanda o Fe Ba'hai.

Ahora quiero terminar con una referencia personal. Durante cinco años, de 1987 y 1992, Floreal Forni dirigió mis primeros trabajos sobre la historia agraria de Santiago del Estero. Tanto en ese período como en años anteriores, sucesivas visitas de Forni a esta provincia le permitieron desarrollar interpretaciones muy sugestivas, de las cuales, en algunos casos, me he apropiado. Más que como profesor en el aula, la orientación que de él recibí me permite considerarlo un maestro, y ese reconocimiento gravita sobre todo mi trabajo.

Me siento muy honrado, entonces, al momento de poner en manos de Floreal Homero Forni el decreto N° 21 del 7/9/08, firmado por el Rector Arnaldo Sergio Tenchini y los integrantes del Consejo Superior, en el que se le concede el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Este título ha sido concedido antes a Jorge Washington Ábalos y a Néstor René Ledesma, que desde hoy son sus pares en esta Academia. A eso quiero agregar, ya desde mi propia condición, y excediéndome en la tarea que me fue encomendada:

Querido Floreal Forni. Santiago del Estero tiene una deuda con usted. Pero esa deuda no pueden saldarla ni este decreto de honores, ni la antología de sus trabajos que nuestra Facultad (FHCSyS-UNSE) se compromete a editar, por decisión de su Decana Lic. Natividad Nassif. Usted merece ese reconocimiento, y nosotros necesitamos volver a escucharlo. La deuda a que me refiero será abonada lenta y gradualmente, a la manera santiagueña, que no sobreabunda en gestos pero tampoco cesa en su tarea de no olvidar. Se pagará con relecturas y continuidades de su trabajo. Será obra de sus lectores/as, de estudiantes y estudiosos, entre los cuales habrá siempre alguno que se hace el oso y otro que imita al ckarparilo. Y todo ello será la floración que su nombre anuncia. Usted leyó a Andrónico Gil Rojas, Jorge Washington Ábalos y G.K. Chesterton, y sabrá a qué me refiero. Muchas gracias por el tiempo compartido, por su disposición a transmitir el saber, por su buen humor. Aprovecho para entregarle un ejemplar de mi tesis, esa que escribí para que la leyera usted.

Otras referencias bibliográficas

- FARBERMAN, Judith (1992): "Migrantes y soldados. Los pueblos de indios de Santiago del Estero en 1766 y 1813", *Cuadernos del Instituto Ravignani*, N° 4, UBA, Buenos Aires.
- FORNI, Floreal y BENENCIA, Roberto (1988): "Asalariados y campesinos pobres: el recurso familiar y la producción de mano de obra. Estudios de caso en Santiago del Estero". *Desarrollo Económico*, Vol. 28. N° 110, IDES, Buenos Aires.
- PALOMEQUE, Silvia (1992): "Los esteros de Santiago. Acceso a los recursos y participación mercantil. Santiago del Estero en la primera mitad del siglo XIX", *Data, Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos*, N° 2, Lima, pp. 9-61.
- (1993): "Las investigaciones en historias regionales (siglos XVIII y XIX)". *Revista de Historia*, UndC.
- PAZ, Raúl *et al.* (1994): "Aproximación cuantitativa del sector campesino en la Provincia de Santiago del Estero". Unidad Técnica de Coordinación Provincial del Programa Social Agropecuario.
- DARGOLTZ, Raúl (1986): *La alianza anglo-porteña. Historia de la destrucción de una provincia*, El Liberal, Santiago del Estero.
- (1991): *Hacha y quebracho. Santiago del Estero, el drama de una provincia*, Conciencia Nacional, Santiago del Estero.
- (2003): "La industria forestal en Santiago del Estero. Actores, políticas y valoración del bosque 1958-1988". Tesis de Maestría en Estudios Sociales de América Latina, UNSE. (Inédito).
- DE DIOS, Rubén (1993): *Las organizaciones agrarias de Santiago del Estero*, Cuadernos de Cifra, N° 1, Facultad de Humanidades, UNSE, Santiago del Estero.

